

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales.

Este número 90 es una antología de Marco Antonio Campos, preparada por él, para esta colección, bajo el título: *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*



N.º 90

*¿Dónde quedó
lo que yo anduve?*



Marco Antonio Campos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL

2013

ISBN 978-958-710-892-7

© MARCO ANTONIO CAMPOS, 2013
© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2013
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición

Abril de 2013

Ilustración de cubierta

Carta de amor, por PEDRO LIRA (1845-1912),
óleo sobre lienzo 116 x 58 cm.

Diseño de carátula y composición

Depto. de Publicaciones

Impresión y encuadernación

Digiprint Editores EU.

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

UNIVERSIDAD
EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao Pérez
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

SE ESCRIBE

a Michael Rössner

Se escribe contra toda inocencia
del clavel o el lirio, contra el aire
inane del jardín, contra palabras
que hacen juegos vacíos, contra una estética
de vals vienés o parnasianas nubes.
Se escribe abriéndose las venas
hasta que el grito calla, con llanto ácido
que nace de pronto pues imposible
nos era contenerlo, con luz dura
como rabia azul, quemado el rostro,
destrozada el alma, desde una rama
frágil al borde del precipicio,
Se escribe.

LOS POETAS MODERNOS

¿Y qué quedó de las experimentaciones,
del “gran estreno de la modernidad”,
del “enfrentamiento con la página en blanco”,
de la rítmica pirueta y
del contrángulo de la palabra,
de ultraístas y pájaros concretos,
de surrealizantes con sueños de
náufrago en vez de tierra firme,
cuántos versos te revelaron un mundo,
cuántos versos quedaron en tu corazón,
dime, cuántos versos quedaron en tu corazón?

ÁLBUM INFANTIL

En fotografías de los años cincuenta,
a Carlos puede vérselo con cara
de angustiado o de tristemente escéptico,
que luego borraría del todo.

Ricardo tiene ojos de tigre listo
para lanzarse a través de la selva
o a la calle o adonde fuese.

Gabriela disfraza de gorrión en fresno
porque las hojas son ala natural.

Él mira en el álbum el niño que fue:
el niño gesticula, grita, golpea, hace
ademanos, anhela ser visto, siempre
y nada más y siempre, el gran payaso.

Ve lo mal que vestían, si vestir es eso,
y si ropa es ésa. Ve la casa agriétandose,
ve la cara y la casa.

Andando el tiempo ha andado por el mundo.
No cambió, o mínimamente, de cara,
de máscaras o de hábitos. Sólo una leve
tristeza, sólo un leve dolor que le ha minado,
que le ha sangrado el cuerpo, el corazón, el alma,
como si hubiese enfrentado parsimoniosas fieras,
como si hubiese cabalgado ferozmente solo
entre las patas de los caballos.

AVENIDA DE LOS PINOS 8

Madre amaba las plantas pero en el jardín de la casa no se vio crecer un árbol. El cuadrángulo del jardín era pequeño y la casa de dos pisos con garash en planta baja. Calle arriba (cien pasos), camino a Cristo Rey, pasaba traqueteante el ferrocarril a Cuernavaca frente a las fábricas de cemento. Desde la terraza mirábamos de mañana el paso de los vecinos para tomar el autobús hacia el trabajo, o a comprar pan de dulce y pan blanco en El Mellizo, o dos litros en la lechería de Josefina Páramo, o comida chatarra en la tienda de Rafael García. De tarde mirábamos el fútbol de la calle y el corro de niñas que hablaban del colegio y de novios con las manos pasadas por el fuego. La casa de Pinos 8 se quemó íntegra en el año del Jubileo. Cuando llegamos a esa casa –sería el ‘57– padre dejaba para siempre esposa e hijos, y sin saberlo él, menos el que habla, daba al niño que yo fui un siglo de libertad y sueño. Padre no entró de nuevo a casa (salvo visitas médicas), ni vio crecer las plantas en el cuadrángulo del jardín (menos un árbol), y me esfuerzo por recordar si mis hermanos o yo sufrimos por eso.

ADIÓS A LA INFANCIA

Se llamaba Graciela y era en el colegio el patio abierto y la mañana azul. Era su cuerpo un durazno en sazón y en las noches una rama de estrellas. Yo tenía doce años, Graciela tal vez también. Volaban los pájaros desde el sur para visitarla en el patio del colegio y sobrevolaban luego los parques y jardines de San Ángel para acompañarla a la hora de la salida. Bajaba del eucalipto oloroso una racha de pájaros. Graciela, doce años, rama de estrellas, durazno en sazón, racha de pájaros en su levísima falda.

LOS PADRES

a Hilda y Gonzalo Rojas

Los padres partieron. Tomaron las maletas
y sonriendo dijeron en voz alta: Adiós.
Cerraron la puerta. Todavía en la calle
alzaron la mano despidiéndose.

Volverían en caso de que los necesitáramos;
sería cuestión de acordar la fecha y hora.
Pero seamos ciertos sin catástrofe
ni menos piedra enfática: nunca pudimos
dialogar con ellos, aunque tal vez
no había mucho que decirse, y esto,
en verdad, acaeció hace muchos años.

Eso digo si fue. Por eso no vale la pena
llevar ala ni cántico, por eso la luz
de pronto nos detiene, trístidos, sin fuego,
por eso el mundo en su esencia
es injusto, inestable, cruel,
aunque luchemos porque no lo sea,
aunque sepamos de antemano y siempre y de nuevo
que golpes ni puntapiés ni gritos
te sirven para nada, que la sangre
de la herida quedó por todas partes.

Pero los padres no volvieron. Qué vana historia,
ay, qué vana fue la busca. Tal vez murieron
en la ruta, en reyerta común o en casa cómoda.
Tal vez aún regresen. Tal vez, si hay dichosos,
los sigan esperando.

ARLES 1996-MIXCOAC 1966

*El estado más puro de nuestra
vida es el adiós.*

PÉTER DOBAI, “Campanas apagadas”

Ahora el mistral en su furia agarra todo, lleva todo, arrebatata todo: follajes, olas, olores, el color de las faldas de las mujeres, las miradas desde las ventanas, el amarillo quemado de las casas. Miro desde el muelle el puente de un extremo a otro, de un barrio a otro, a una ciudad que se desvae, a una soledad que crece, que no ha dejado de crecer. Teníamos diecisiete años y el patio de la escuela era inclinado y grande y no necesitábamos decir *ayer* porque *mañana* ilusionaba todo. ¿Qué ayer puede tenerse a los diecisiete años?, pienso, mientras el Ródano se aleja bajo el puente y las golondrinas se ponen de amarillo para medir el trigo y llamean de azul para anidar el cielo.

¿Y qué pájaro sabe decir *adiós* como las golondrinas?
¿Qué pájaro mide treinta años en un adiós sin fechas?
Entre ella y las golondrinas quedaba
el verano a la distancia.

El mistral se contrapone a las ventanas,
las miradas huyen, y yo lo oigo, y hay algo
en él, algo, algo en el viento poderoso
–la fuerza, la fiereza, el combate–
que yo hubiera querido comparar a mi vida
–mientras el viento golpea los plátanos, la fachada
del cine y golpea de nuevo la fachada de
la capilla. Golpea.

¿Hubiera sido? Hubiera sido, sin duda.

Pero hoy sólo oigo el mistral sobre el follaje,
la rabia del mistral tremendo en pandemónium,
y el puente se ahuyenta, la ciudad se borra,
antes, claro, de esos diecisiete años, cuando
yo decía en el patio: “Eres la reina”, y ella
me decía: “No sé...tal vez...”

AQUELLAS CARTAS

El ayer llega en el hoy que saluda ya el mañana.
Era fines del '72. Yo atravesaba en tren
Europa occidental, o caminaba por saber adónde,
un sinnúmero de calles, y en cuerpos ondulados
de jóvenes tenues, o en la delgadez del aire en la rama
de los castaños, o en reflejos, que creaban imágenes
en aguas del Tajo, del Arno o del Danubio, la creía ver,
y ella lejos, en mí, en Ciudad de México, con sus
clarísimos 19 años, regresaba en verde o azul, para luego irse
y regresar e irse en el ayer que hoy llega para hablar mañana.
Era fines del '72, y yo no sabía que el mirlo cantaría para mí
a la hora del degüello. Ella hablaba de amor en mí, por mí,
de mí,
pidiéndome que le enviara más cartas, que guardaba
—eso decía— en el color de los geranios sobre los muros
de su casa en el barrio de San Ángel, sabiéndola diciembre
que era de otro, pero yo le escribía cartas y cartas
en el compartimiento del tren de una estación a otra
bebiéndome milímetro a milímetro la morenía de su cuerpo
como si fuera antes, sin saber que la tinta se borraba como
el color de los geranios en el muro de su casa.
Pero al evocar ese ayer convertido en un hoy que es
ya mañana,
sin escribir ya cartas entre una estación y otra, me parece
que aún oigo la canción del mirlo a la hora del degüello.

LOS ELEGIDOS

“Los dioses eligen a los más jóvenes –dijo– para una áurea muerte; lo escribí muchas veces, muchas veces lo supo, lo esperó muchas veces. Al cumplir cuarenta años sin mayor heroísmo ¿qué queda de aires y sueños hacia la grandeza? Al cumplir cuarenta años, con resignación ácida, sólo queda ver quiénes, con una áurea muerte, fueron elegidos por los dioses”.

DE ICONOCLASTAS

En jóvenes noches de verdes años
deseó muchas veces destrozarse rostro
y corazón enteros de estatuas
y de íconos. Por siempre, con la base
de ruinas, crearía la Bella Estatua.
Veces no faltaron para intentarlo,
y veces lo intentó, de roble a estrella.

Juventud y años le pasaron leves.
Juventud y años lo volvieron libre,
libre y solo la vida en aguapájaros,
aguacielo en el rostro y el ventalle,
y así siempre y así, país inhabitable
en que reinó.

A veces lo buscaba.

A veces me lo encuentro. A veces sucede
que coincido en un café, en un cine,
en una librería, y sucede a veces,
que después de saludarlo, de darnos
un abrazo, sucede de pronto que
le digo, que lo paro y le pregunto en seco:
“Si te diesen la oportunidad ahora
de destrozarse de un puñetazo rostro
y corazón enteros de estatuas
y de íconos ¿lo harías?”

BIRKENSIEDLUNG¹

a Brigitte Winklehner

Jesucristo caía inclinado y azul
desde el cielo azul.

Moró lleno de lluvia entre abedules
y bosques y praderas en invierno
eran intransitables por el lodo.
Sin hojas, los árboles parecían
de pronto figuras atroces o fantasmales.
Rememoraba el rumorar del arroyo,
las voces cayéndose de agua del Untersberg.
Las grises nubes bajaban difuminándose,
esfumaduras leves levemente en el
ramaje azul abrumado por un paisaje áspero;
en días de sol hacía que la piel
se hiciera hierba al rozarse en la hierba,
oía pasos y hormigas como astillas crepitantes,
saber que la sangre consumía fuego,
que el cielo eran praderas y libertad y sol,
y sólo eso queda, y sólo eso nos queda,
porque los años nos van dejando
como los abedules en invierno.

¹ Barrio en el límite del sur de la ciudad de Salzburgo.

CAFÉ KORB

Con alguna frecuencia, en tardes
o al anochecer, al principio de su estancia,
el forastero llegaba al Café Korb,
buscando que la soledad
se quedara dos horas
como la chamarra en el perchero,
buscando algo que pareciera
rumor o luz de vida, algo
para sentirse menos solo
en una ciudad de gente sola,
y el mesero alto, grueso,
amable, tomaba la orden,
“Mire, deme...”,
algo, algo que permitiera leer
un ensayo, un cuento, periódicos
del día o tal vez escribir
el borrador del borrador de un poema
que no conocía el inicio,
y el mesero servía el Moka grande
o un doble thé,

y él veía desde la mesa gente
cruzar o leer diarios o
quedarse como estatua o hielo,
y pensaba, mientras leía, que cuerpos
como los de Alexandra o Agnes tenían
el sol que no tenía Austria,
mientras afuera, en las calles,
caía nieve o lluvia o bruma o
delineaba apenas una
delgadísima luz, y él, al bajar al baño
y mirarse en el espejo, confirmaba que
el pelo seguía encaneciendo o destruyéndose,
pero qué vida (se preguntaba) empezar
a los cuarenta, que sea realmente vida,
y subía de nuevo para sentarse un rato
—y las mujeres cruzaban.
“La cuenta, por favor, sí, todo
estuvo bien, gracias”,
descolgar la chamarra y ponérsela,
y salir hacia la calle
y a la noche sin perros.

INVIERNO EN VIENA

a Kurt Gjevnoe

El tranvía pasa. En la acera,
sobre la negra nieve,
entre castaños deshojados,
marchan viejos como
fantasmas en desfile lúgubre.
La mendiga croata,
desde ayer y siempre, pide
en la boca del Metro,
con el mismo papel rugoso,
plata para medicinas
de alguien que murió hace años.
El árabe vende el periódico
de mañana, y sueña en frío
en ciudades del Mahgreb,
en otoños meridionales
y en parientes pobres.

La iglesia se hunde envuelta
en la bruma y se apaga
como la mortecina luz
de la gélida tarde.
Llega el tranvía. Sube gente.
En los lívidos rostros
se pinta la mala jornada.
Y la última línea
de luz se pierde en el rojo
del tranvía.

LA MUCHACHA Y EL DANUBIO

Como rama al romperse en el invierno blanco,
corazón lloró a la estrella; triste era el olmo,
y hace muchos años; cuánta fuerza y fiereza
en la adolescencia sin dirección; quién se atrevería
a decir: “Por aquí pasó el vendaval”; Dios creció
las ramas y cortó las hojas para que supiéramos
de la felicidad, si la luz pasa. ¡Ah el Danubio!
Estrella lloraba el corazón. Ella era agua
que sabía a vino; donde llegaba se oía
la luz. Era la estrella en el invierno blanco.
Era blanca y hermosa como el pueblo donde nació.
Ella me queda, me vive en mí, me llama
como un remordimiento.

CEFALONIA

Era agosto. Era 1988.

Yo veía desde lejos, como si estuviera
en cubierta, la línea verde, la línea larga
verde y sinuosa de la isla de Ítaca.

Oía el silbido de las embarcaciones
a punto de partir.

Bajo el sol en fuego de las cuatro de la tarde
a diario subía la colina para contemplar Ítaca
y oía los versos de los líricos arcaicos en el murmullo
de plata de los olivos. E imaginaba Ítaca.

En los caseríos de la isla miraba a las ancianas
tejer asiduas a la hora del atardecer y a los viejos
hablar como sólo lo hace el rumor de las olas.
Oía pláticas de los ancianos (que me *sonaban*
pero no entendía) frente a puertas y ventanas
de pequeñas casas albas que fulguraban más
con la fulguración del sol. E imaginaba Ítaca.

Con dos barcelonesas en las noches
cenaba cordero y ensalada,
mal gustaba del vino de resina, y decía que sí,
con seguridad decía que al día siguiente
me embarcaría hacia Ítaca: me esperaba el barco
en el que iría a la isla que era el final de la navegación.
La isla donde pensaba llegar. La isla
donde siempre pensé llegar.
Pero al alba siguiente posponía el viaje
para el alba siguiente y al alba siguiente
para el otro día. Mientras tanto,
subía a diario las colinas, visitaba en el bus
precipitados pueblos, saludaba
de mañana a los recién llegados,
los despedía al partir, y miraba
de tarde desde la colina
la costa esmeralda y ligeramente sinuosa
de la isla de Ítaca.

JULIO II, 1989

Profusa,

Atenas era rósea al crepúsculo del
verano en llamas. Suave en ramas caía y
caía en sol y ala sobre roídos árboles,
plantas semisecas, mármoles mutilados,
hierbas saliendo de muros derruidos
como mechones verdes.

Él imaginó cómo habría visto el atardecer,
que hoy veía, en el verano inmenso del 1975.
Se habría visto quizás en la esperanza al grito
como el mar me llama,
en la bella muchacha anhelante que en adiós lo amó,
en la seguridad de una grandeza como moneda y
sangre.

Pero hoy veía el crepúsculo que sólo imaginó hace
tiempo
anhelando verlo como lo imaginó hace tiempo,
y la palabra esperanza le maduró vacía,
y la palabra amor le resonó triste,
y la palabra grandeza le resquebrajó el alma,
¡y allá se veía el mar, se veían el mar y cipreses...!

LA VIDA ES HERMOSA

(Kokkari)

El vagamundo tocó los olivos,
las uvas negras, el sol en la vid.
Vio el mar incendiado que lejos
se disolvía en azul vaporoso
hasta ser bruma azul. Tomó en un puño
un puño de tierra, y lentamente
lo dejó por la tierra,
lentamente.

Las abejas zumbaban, eran miel,
dulcísimas las uvas, oh verano
innumerable que lo escucho ahora:
“La vida es hermosa como la isla
pero los desfiladeros la cercan”.

VERANOS GRIEGOS

Por llanuras verdes y áridas montañas bajo el sol,
Por peñas voladas volanderas robadas al amarillo cobre,
Por pueblos pescadores dispuestos con inocencia
por una mano blanca,
Por esas viejas que hilvanan a la sombra
en corredores o en terrazas de pequeñísimos
pueblos de islas pequeñísimas,
Por arenas de oro que hacen al mar más azul
y al mar más vela para las navegaciones,
Por los moradores al alba que miran el mar
desde cualquier templo o cima,
Por viñas verdinegras y por olivos de luna
bajo la verdinegra luna de mar oliva,
Por el horizonte al cárdeno o al violeta
desde el vértigo y la altura de una montaña
que medía las alturas de Cefalonia,
Por el farallón cerca de Nauplia
que sabe del adiós de las navegaciones
y del saludo de los regresos,
Por los dioses y héroes que marchan por los caminos
y a veces se disfrazan de piedra o árbol,
Por lo que quedó debajo del corazón o la piel
como iluminación interior o sonido de campanas,
Por eso, por eso digo, me pregunto, insisto:
¿Dónde, dónde hallamos más poesía, dónde,
que en los veranos griegos?

SIMPLE, ELEMENTAL...

Quizá sólo fuera eso:
Una vida simple, elemental
en un pueblo mínimo: el sol de frente,
una casa pequeña, hospitalaria, donde
dos niñas gritaran como un árbol,
la reventazón de las amapolas
en el campo silvestre,
los campos de espigas bajo la luz incendiada,
las palabras de la plática del Ródano
a la hora del crepúsculo bajo
el claro mistral, el concierto del mistral
multiplicándose en luz
en el concierto de las hojas,
la ropa recién lavada, la ropa recién planchada,
el café cargado, la miel en las alas
de la abeja sufriendo los panales,
el vino de la región paladeado
hasta las heces en el paladar,
la noche estrellada y el orden de las golondrinas,
el crucifijo en la pared del comedor, o no.
Quizá sólo fuera eso, quizá,
quizá sólo fuera eso y dentro y mío,
elemental y dulce y quién dijera.
Quizá sólo fuera eso, quizá.

O quién sabe.

¿DIJE ESTO?

a Carmen Ruiz Barrionuevo

El reloj de Plaza Mayor suena a la hora en que no
vine.

¿Quién me hizo? ¿El azar o Dios?

¿Me hice yo mismo?

¿Demasiados años de dolor y angustia compensan
los jardines repentinos en el año que no vi?

¿Quién recogió de mi cerebro el vidrio

en el canal de la calle para hacerme una ventana?

Odié el odio, quise el bien, traté de hacerlo, pulí la
amistad,

asumí el hacerme de enemigos, y la culpa
me siguió tras de los árboles sin alejarme.

Abril fue azul y nadie me esperó este mayo.

Perros conducen a los dueños fuera de las puertas.

Gorriones son puntos verdes en el aire quieto.

“No hace mucho comprendí –le digo a Carmen–
que la vejez es la muerte a media muerte.

Me atristo ante lo mucho o

lo poco que viví, sin saber cómo fue

ese mucho o poco. Metafísica o realmente
he quedado a un paso de la meta.”

¿Dije esto? ¿Yo lo dije? ¿En verdad lo dije?

A ORILLAS DEL LAGO DE GALILEA

a Leonardo Senkman

No queda nada

Sólo ruinas e indicios de ruinas

Apenas una mínima comunidad

De franciscanos callados

Apenas la sombra de Pedro

A la que siguen los peces

En el aire las golondrinas

Puntean y respuntean el cielo

A la distancia la iglesia ortodoxa

Multiplica las cruces

Una sola y Una es la palabra del Señor

Y la palabra del Señor

Es brazalete de oro

El lago dice su nombre

Y las olas tañen como las cuerdas del arpa

¿Pero cómo se salva el que no tiene destino?

¿Hay cabida en la tierra para el que duda?

Cuando se ve de pronto demasiada luz

Se pierde la luz

Allá, allá detrás del lago, en las alturas del Golán

El azul se vuelve niebla azul

Y me digo con algo que se parece al llanto

Que será para mí ésta la última vez.

ENTRE DOS PLAZAS

(11 de septiembre de 1973 - 9 de noviembre de 2004)

a Manuel Silva y Gonzalo Millán

Desde el balcón central del palacio de La Moneda, en esta Plaza de la Constitución, Allende se dirigía al pueblo. Nada quedó de entonces, nada.

En las calles y plazas del centro de Santiago las flores de los ceibos destellan su breve llamarada roja.

Camino hacia la puerta de La Moneda. Hace treinta y un años caligrafiaba casi a diario un cuaderno de sueños. Todo ha cambiado con las generaciones de los gorriones sucesivos que se paran sobre las ramas. En vez de apuntarme a la cabeza, los carabineros me revisan con un detector.

Entro. Doy vueltas en torno del Patio de los Naranjos. Me miro caminando entre espectros hasta contar el número 67. Con angustia, el que dirige, mira los aviones. La Moneda se sacude. Se adensan humaredas. Caen las bombas sobre techos y patios. Oigo la llegada de los tanques. Oigo el sonido de las botas de los soldados. El lloro del martes ya desangra el lunes.

Entre el fuego cruzado alguien se acerca y me dice al oído: “La historia se repite. Tarde o temprano la historia se repite”.

Huyo. Salgo a la Plaza de la Constitución. La atravieso. Por las prisas no me doy cuenta de que se cayó de las manos el cuaderno de mis sueños. Siento los soldados detrás de mí, inmediatamente detrás de mí. Las balas zumban. Corro más fuerte por calle Morandé, giro hacia Huérfanos y después a Estado. Entro a Plaza de Armas. En el aire las cartas vuelan como palomas que no saben adónde ir. Un Cristo en llanto sale de la catedral. Me siento en medio de la plaza y recojo una a una las flores del ceibo, y roja es la tarde.

EN EL PARQUE FORESTAL

*a Lila Calderón, Lila Díaz
y Rodrigo Rojas*

De niño miraba en los libros imágenes de la cordillera y me parecía algo que no terminaba nunca;

Ha llovido un par de días, ha hecho frío;

La cordillera en numerosas cumbres se ve nevada;

Noviembre cae desde el crepúsculo, cae noviembre uno a uno hasta llegar a doce que parecen trece;

Ah la niñez, ah la vuelta a la niñez, ah si mi país fuera un gran país;

Quién conoce una diferencia entre el recuerdo del viaje y el sueño del viaje;

Es primavera en el profundo sur, pero las aguas del sucio río, por las duras lluvias, corren turbulentas al pie del cerro San Cristóbal;

Hace tres décadas se veían sobre las aguas del río Mapocho camisas agujereadas y cables eléctricos, que por tanto usarlos, perdieron el voltaje;

En América Latina la mañana no ha sabido jamás del gran mañana;

Pero la felicidad de un pueblo ¿de quién era?

No dejaré de soñar en algo mejor que el mundo, pero los hijos que no tuve no lo soñarán por mí;

Cae la noche sobre Santiago, y algo de luz en la última estrella brilla para otro que no sé quién es.

CAMINO A OTAVALO

*A Xavier Oquendo y
Gabriel Chávez Casazola*

Casas en quebradas,
casas mordidas por la roña, casas de tejas sin color

¿Por qué en América Latina los árboles
parecen cuellos cortados en el piso?
¿Pero acaso seremos siempre un país sin país?
Dios migró de aquí hace mucho y se fue por
el camino de la niebla donde nadie vuelve
¿Para qué esperar al que estuvo lejos
y no quería volver a contemplar lo que hizo?

De Carapungo a Calderón
se alza una parroquia
para que el nómada y el solitario
recojan la hierba seca

Un momento, les digo:
la caída azul de una golondrina pequeñísima
es una herida en el paralelo cero

Tremolan y espejean
las hojas de los árboles
con el aire y sol de junio

Cactus elevados, manchas de hierba,
piedra calcárea en las montañas,
arbustos ásperos que espinan
Se huele la quemadura del rastrojo

A veces la vida es tranquila como un punto y aparte
No sigas a Ibarra. ¿Para qué?
Desde lo alto Otavalo te parece
un cuadro en miniatura

Es tal la claridad del lago que
se reflejan intactas las casas en las aguas
La niebla, con pies blancos,
sube despacio
al cráter del volcán

Uno ignora, o apenas si percibe, que
la mayor parte de la vía la anduvo a ciegas

¿Pero cómo vine aquí?

DE LO POCO DE VIDA

De lo poco de vida que me resta
daría con gusto los mejores años,
por saber lo que a solas
de mí has pensado.

Y esta vida mortal y de la eterna
lo que me toque, si me toca algo,
por saber lo que a otros
de mí has hablado.

BÉCQUER, *Rimas*.

Ah días del '82, dibujados en el cuaderno
que caligrafío frente al parque. Ahora bien,
te lo digo de nuevo: ¿dónde poner las palabras que
eran tuyas
y decían al repetírtelas lo bello y lo bueno que me
eras?

Yo sabía que llegabas porque miles de abejas
punteaban en oro la tarde en una llama.

El café del hotel donde tomé a sorbos
lo amargo del penúltimo café
sigue existiendo, pero desde entonces
no volví ni a deshora a tristar lo mucho que te quise,
ni volví a contraluz a los parques de Polanco,
ni a andar entre árboles de aquel bosque que
retroceden al año del verde y al impulso de la raíz

En el Mirador de Segovia y en calles umbrías
de la umbría Ávila, en el diciembre
que negó la luz, compartíamos cada paso,
estrella y nube, martes de la fuente
en que bebí, palomas como epístolas en vuelo

“El *después* no existe”, escriben en
anverso y reverso los que saben,
pero no entroncan en el bosque
la doledumbre que corta
como hacha el árbol

No descubro el amarillo ni el azul:
se empieza a amar, se ama, se ama hasta desangrarse,
lo vuelven descorazonadamente imbécil,
lo hieren una y otra vez, y un día se amanece
como la piedra en el lago o en la hierba pisoteada
Más tarde, por décadas, los dos moran
la misma ciudad y no se encuentran o
tal vez pasan de largo y no se reconocen

No sé por qué escribo esto, frente al parque,
en un café de Miraflores, mientras cierran la puerta
de la iglesia, y veintidós, veintitrés-mente me llamas,
y el que cortó la vía a media vía
se vuelve música de árboles,
y canta a dúo, solidario,
el canto quebrado del gorrión

Lima, 2012

DOMINGO EN BOGOTÁ

*a José María Espinasa
y Ana María Jaramillo*

Un domingo frío y de lluvia,
suele ser triste en el mundo,
pero en Bogotá es más triste
pues no lo esperas ni quieres.

Un domingo gris y frío
las montañas se ensombrecen,
la niebla desvanece las calles,
no se encuentra a los amigos

y el entoldado de nubes
sombrea las residencias,
los restaurantes más viejos
y la cara del desahogado

que no sabe hacia dónde ir.
Un domingo frío y de lluvia
hace pensar en fracasos,
en derrotas que no cesan

y en la soledad que orilla
a sentirse un perro solo.
Un domingo frío y de lluvia
no lo pases en Bogotá.

EL PAÍS (I)

a Gastón García Cantú

Ya pueden decir lo que quieran, me dirán lo que quieran
pero yo siempre he amado a México.

Cuando estuve lejos bajaba repentinamente un delgado mas
intenso manantial de imágenes y una triste voz era triste
cuerda en la cítara del corazón enamorado.

Podía o pudo ser acaso una noche de lluvia innumerable
en un parque neoyorquino,

o en la aspirable terraza de un café parisiense,

o bajo el crepúsculo en lo alto de una plaza de Gotemburgo.

Podrán escarnecerme el mañana del triste que fui ayer
por gloriarme en público de ser “un italiano desplazado”
o “un hombre del Duecento florentino en pleno siglo XX”.

Pero yo siempre he amado a México.

Lo he reconocido –lo he amado– en mi casa destruida,
en mi familia destruida,

en el trato con amigos y también con enemigos,

en mujeres que amé y me enterraron bajo la fosa más
honda y más oscura,

en paisajes que al hacerlos míos con una distancia íntima
me emocionan por su belleza que me creo o me invento,

en ciudades que delineó la memoria como líneas
simétricas en una piedra,

en iglesias que se caían de proporción y luz,

en actos dignos de hombres que *no morirán del todo*.
Y aunque sé que a este país lo ha gobernado el diablo,
que los mexicanos no hemos estado a la altura del gran
país,
ustedes dirán lo que quieran, pensarán lo que quieran,
pero yo siempre he amado a México,
siempre.

EL PAÍS (2)

Donde quiera que vayas o vivas,
de modo sorpresivo o secreto,
algo llamará para llevarte
a un país más hermoso que es el tuyo,
a una ciudad tan hermosa que era casa.
Ningún reino o república dará lo suficiente
para olvidar lo suficiente mares despoblándose,
montañas altas, desiertos claros que son como
fotografías que iluminan leves, pero
que ahondan la piel, el corazón, el alma.

México será el dragón que devora
las doncellas del reino que perdiste.

CIUDAD DE MÉXICO

... yo nací aquí, escribí aquí,
perseguido, no por demonios,
sino por trasgos y fieras, crecí
en una ciudad ilímite,
y pese a su horror, miseria y caos,
a su humo y su trajín sin alma,
amé su sol, su enorme y dulce otoño,
sus plazas como firmamentos,
las tibias tardes en leve marzo,
el perfil montañoso al sur,
la máscara y cuchillo de su gente,
su ayer feroz, su hoy incierto,
y la amé, la amé siempre, la amé,
la amé como ama un hijo duro.

TELAR DE SAN CRISTÓBAL

Ante la iglesia otra vez de pie, observo las manos de la indígena que hila en el telar el cielo diáfano de diciembre, casas de barro y tejas, balconería que te asoma a los cuatro puntos coloniales, vendedoras que tienen la estatura del gorrión, artesanía policroma. En los pasillos multiétnicos van y vienen las jóvenes de Zinacantán con sus vestidos católicamente azules. Pasean hombres con máscaras de murciélago.

Qué hermosas las montañas con espesura de pinos.

“Cuando vine por los años ochenta –oigo tristemente lo que me digo al punto– ya sabía que la vida la había malbaratado y sólo mantenía la *idea fija* de emprender o seguir la fuga, que siempre es mejor a escribir el mejor de los obituarios. Entre desventura y vacío, llevaba la pluma y el cuaderno para pergeñar poemas por ciudades de occidente. Sobrio para vivir, hablé paradójicamente más de lo debido y dije a menudo lo que no debí decir o callé cosas que debí decir en su momento. Me avergüenza confesar que en ocasiones vilezas de los otros me ennegrecieron el alma y la venganza me fue y me sigue siendo una delicia oscura”.

Las manos de la indígena forman Cristos desangrados frente al altar. En tarea de relieve teje en la tela el pórtico de la iglesia de Santo Domingo. En los púlpitos de todas las iglesias de la ciudad los sacerdotes, no viéndose la cara, escupen fuego podrido contra rebeldes y escépticos para que nadie nos saque de la hoguera. Me detengo a mirar en el telar de la indígena la estatua del fraile de Las Casas que vigila desde lo alto a los hijos que tienen los dedos recién cortados y el alma disminuida.

“Es 11 de diciembre del año cristiano del 2007. Sería cumpleaños de mi padre. Es mejor no recordarme cómo fui porque no soportaría de nuevo observar la realidad. ¿Pero en verdad, abajo del BaúlMundo, tiene algún sentido buscar en la ceniza el oro de la justicia?”

Anochece. “Hace uno lo que puede, lloramos a la sombra de nuestra sombra”, me dice la mujer que me ha hilado y deshilado en la tela.

Vuelvo la vista y detrás de las montañas el sol cae, desaparece. Cierro los ojos. Cuando los abro sólo veo el telar.

JOSÉ A. SILVA (1865-1896)

Vaya historia que se llora en la ventana que da al jardín sin puertas. Los avatares van poniéndolo a uno del color que no se ve porque en el fondo uno termina a contraluz no queriéndose a sí mismo ni en los mejores días. La ceniza breve de tus años jóvenes me señala ácida la frente y me reclama que he vivido demasiado. Hoy ves desde la mínima casa de ceniza criptas agrietadas, tumbas decrepitas, oscuros pinos, el cielo azul con nubes y una parvada de palomas que anuncia en el descenso el primer día del nuevo cristianismo.

Una señora, con cuervo bajo el brazo, sale de la breve iglesia. Es noviembre. Húmeda está la hierba silvestre. Qué tristes, qué fríos, qué ciegos los muertos al oscurecer el mármol. ¿No llega de la sala de tu casa la música de Chopin o el tintineo de las cucharas a la hora de la cena? ¿Quién pasea ahora por plaza Bolívar y parque Santander?

Forastero de un país que yo ignoraba ¿qué me espera, igual que a ti, qué me espera si no, sino la mañana marginal y el mañana sin mañana? Algo en la edad madura nos lleva a marchar sin dirección lo que creíamos despasado. Miro el cielo. Pájaros bajan. Pasa una

escala melódica en el aire. Por un raro milagro la flor de la azalea y la flor de la camelia no llegan a ser rosas.

Te recuerdo en la última de las fotografías: tu rostro lívido y tu barba sin arreglo preanunciaban la ruptura del reloj. Tu mirada ahondaba más el alma destruida que el verdor del pensamiento. ¿Por qué a lo largo del largo Magdalena todos los vientos fueron contrarios? ¿Pero qué verdugo cortó en el mediodía la cabeza del cordero?

Lagentevayvieneporelcamposanto. Viene y va. Pregunto pero nadie sabe dónde yaces, ni quién eres, ni qué significas para el lector triste, ni qué es un suicida en la gloria del país cainita. Como si nadie preguntara a nadie, porque a fin de cuentas ¿qué busca uno en la mañana de noviembre si ya lo perdió el frío? ¿Por qué no saluda el susurrar del saúco si la flor nos dejó la mente en blanco?

Ya no te perseguirán las palabras Nocturno, Darío, París, Caracas, comercio, deudas, Elvira, el arte de la fuga, las sombras enlazadas...

El verdadero poeta es un solitario oscuro que no encuentra su sitio porque a la hora de las uvas no hubo Año Nuevo para él.

NOVIEMBRE EN MADRID

Por una sobredosis de cianuro, Manuel Acuña murió, entre la miseria y el desorden psíquico, en su breve cuarto de la Escuela de Medicina,

En el cuarto de su casa de avenida Jalisco, bebiéndose en sus propias manos las lágrimas de su madre, Ramón López Velarde se fue a los 33 años del Cristo a otra casa donde roto el reloj no se oyen ni pájaros ni campanas,

En la cama de un hospital parisiense, después de una extraña agonía, César Vallejo dijo en adiós republicano palabras fugadas del pensamiento en quiebra,

Bajo tierra de Viznar, al lado de compañeros que jamás esperó, Federico García Lorca siente el viento frío que baja desde la sierra o mira la luz alegre de Granada alegre.

Cuando muere joven un poeta se desala el ruiseñor y ya no se oye la canción del mirlo.

Pero ¿qué permanece y dura a los 59 años? ¿Qué acto de intrepidez o magia podría salvarnos? ¿Qué sabiduría tener para creernos superiores a la media? ¿Qué sombra da el árbol si follaje no hay?

Cuando uno cree haber escrito imaginativas páginas para el LibroMundo, de súbito encuentra en su cuerpo y en su ropa salpicaduras de grasa que arrojó el zoilo enloquecido, gargajos de gente ínfima cuyo fracaso se mira en su cara de odio, y al interrogar con ira el alma, nos damos cuenta de que somos capaces de dañar como nos dañan, que no aprendimos bien a perdonar y que a veces con cálculo disparamos sin misericordia.

Como nosotros, las hojas verdes de la adelfa que miro desde mi ventana esconden el veneno que no tiene la flor. Los pájaros volverán a Madrid en primavera y la flor a la adelfa, pero nada consolará en suma no haber vivido ni la acción heroica ni dejar en el hoy que es ya mañana el libro inolvidable.

POR LA CALLE DE LOS ANTICUARIOS

Por la calle de los anticuarios oigo mi nombre en el vidrio de las vitrinas y casi a diario me saludo para no olvidar los objetos que no quise ni quiero comprar: espejos y relojes garigoleados como los de la casa del abuelo paterno, pupitres niños iguales a los de la escuela de mi niñez, libros de miedo a deshojarse sin página por escribir, grandes santos que nadie reza porque nadie recuerda el libro de oraciones. Me miro que me miran detrás de las vitrinas como un objeto antiguo y en el reflejo de las ventanas se miran los castaños en el mes de mayo, como si el otoño no fuera a llegar nunca. Creo oír cerca, muy cerca, las aguas del Escalda que regresan y van, regresan y van ...

Madre tenía alma de anticuaria y fue hábil para que muebles parecieran una copia francesa del siglo XIX. A su amiga Senta Kram, de oficio anticuaria, le compró alguna vez una linterna mágica con fin de proyectar mis imágenes en la sala de la casa y demostrar a las visitas que yo era el parásito de la familia y que hice trizas mi juventud leyendo novelas y libros de poesía.

No es fácil para mí llevar en la espalda proyectos que no empecé o que se trizaron más tarde. A la verdad uno se queda sin espalda de quebrársela tanto de no quitar la cara. No sé dónde siquiera quedaron los proyectos: si en los objetos de madera o hierro o cristal o porcelana de las tiendas de los anticuarios o en los muebles antiguos de mi casa. No sabría decir, de veras, dónde quedó la película que creí que filmaría y que verían ustedes de la manera que les digo: la música de Mozart y de Schumann, imágenes con aires de tristeza azul y tristeza gris del gran cine italiano, la palabra dispar del par del diálogo, pero no el silencio en el que terminó todo. Tampoco podría detallar mi peregrinación a Yemen y a Abisinia para poderme explicar qué diablos pasó por la cabeza de Rimbaud con el fin de agenciarse dinero y conducir caravanas sin objetivo para que pájaros de cuenta se lo llevaran al baile. Menos sabría decir en qué ángulo de qué gaveta dejé el cuaderno de la saga de la conquista y los siglos de la colonia, y en cambio perdí innumerables horas corrigiendo manuscritos que me hacían desesperar, desleyendo libros para no perder amistades, reescribiendo artículos y notas que me sabían en la garganta

como ajo y nuez podrida, o dictando conferencias para completar el bolsillo. Camino por la calle de los anticuarios, y al ver los objetos, pienso que tal vez madre anheló viajar y conocer Europa. Ya no podrá venir, pero Europa, de haberla conocido a tiempo, le habría hecho entender muchas cosas que nunca comprendió. Quizá no vino o no quiso venir por enfermedades de columna e hígado, o por miedo a lo viejo y extraño, o por no gastar lo que le parecía malgastar. Hablaba con la gente de mis viajes (negaba al escritor), creyó que debía morar mi propia casa (yo que casa no tuve ni tendré) y que el dinero del pez grande se come el dinero del pez chico (a mí que en amarillo pálido me provoca bilis quien sólo piensa en dinero). Enfermos los dos terriblemente, ella rezaba para que la muerte le apostara a ella.

Por la calle de los anticuarios paro en el café Helder, se me pega al cuerpo el humo de aquellos fumadores, me tomo amargo el lado amargo del café ajeno, de un trago trago la cerveza que me escupo, y salgo a la calle, recalco en una tienda de anticuarios y toco a la puerta para que me abran de nuevo.

Y madre lo contempla y se echa a llorar.

LOS REBELDES

Llegaron diciendo lo que no fuimos capaces de decir.

Algo falló, de veras, algo nos faltó.

Tal vez audacia, convicción, coraje. Tal vez.

Los oíamos en la calle gritando a voz en cuello,
alzando coléricas pancartas, queriendo destruir

castillos, iglesias, ministerios, derribar estatuas

de falsos redentores, derruir la luz,

escupir el periódico de las mentiras diarias,

la televisión de las mentiras diarias,

denostar unánimes al juez

que escribe sentencias con estiércol,

romper ante el banco los números de usura,

y decir no –repetir *no*– a la jerarquía y el orden.

Con tristeza y nostalgia, con soledumbre trístida,

nos vimos como ellos cuando éramos como ellos,

pero algo falló, algo en verdad entonces nos falló.

Quizá un centímetro del paso. Quizá algo más

¿quién sabe?

De pronto, de pronto algo, un grito ahogado,

un grito de tigre saltó de nuestro cuello,

quisimos pasar, integrarnos a la fila, vociferar el lema

antiguo,

derruir estatuas como roe la luz, pero una voz atrás,

una leve palmada sobre el hombro,

nos detuvo.

¿QUIÉN LEERÁ MIS VERSOS?

*Quem sabe quem os lerá?
Quem sabe a que maôs irâo?*

ALBERTO CAEIRO, *O guardador de rebanhos*

¿Qué será de mis versos? ¿Quién los leerá?
Pronto me iré, y así será, y me iré ¿y qué pasa?
Me he resignado a irme, como me resigno
a los dolores de la tendinitis, a los cólicos
que arquean el cuerpo y a la mala circulación.
Qué importan las novelas, los cuentos,
las crónicas o ensayos ¿pero mis versos?
Si en el futuro alguien los lee, tal vez perciba
que los escribí con la llama del sol en la hoguera del
mediodía
sobre los girasoles, con los matices múltiples
del púrpura y del violeta en la disminución del
crepúsculo,
con el grito doloroso del tigre lanceado
en el momento de fallar la red,
con gotas de sangre del pecho de las golondrinas
que no lograron completar el vuelo.

PERO EN SERIO ¿VALIÓ LA PENA?

Ya no podríamos escribir como en esa época, en los
años oscuros
cuando creíamos que el numen podría pertenecernos,
cuando era fácil creer que se haría la Gran Obra,
el poema de gran hálito con la música y el significado
que nos darían los dioses (cómo no creerlo),
que la poesía y el ángel, la figura y la forma serían para
nosotros.

Pero al mirar lo que escribíamos a lo largo de los años
se hacía conciencia de que las alas de los pájaros no,
definitivamente no, no aleteaban con un ritmo propio,
que en efecto y así y claro no podíamos decir exactamente
lo que queríamos decir, que en poesía, salvo un ramo
de poetas cada siglo, los demás debemos resignarnos
para ser los lacayos que conducen el carro de los grandes,
y sin embargo, y sin embargo aseguro que al menos la
poesía
me dio otras cosas: una manera de mirar la mirada de
los pájaros migratorios,
de armar desde el sueño imágenes de la pintura y del cine,
de apreciar más a fondo la ligereza y la dulzura corporal
en las mujeres,

de admirar en las tardes y las noches las hileras de los
mástiles

en los puertos, la higuera y el olivo
en medio del huerto en la noche azul de Jesucristo azul,
porque el reino de Dios no estaba cerca, sino en nosotros
mismos.

Pero en serio, es una pregunta en serio para uno mismo
o para cualquier poeta
a cierta altura de su edad: ¿valió la pena el sacrificio,
valió la pena abandonar
la apuesta de la acción para entregarle la vida a la
inutilidad de la poesía?

VIERNES EN JERUSALÉN

a Esther Seligson
y Ruth Fine

Desde la clara altura del monte Scopus
contemplo de mañana y tarde las colinas
y resplandece áurea en el centro la cúpula
en círculo del Domo de la Roca, y resplandecen,
en la ladera inferior del Monte de los Olivos,
las cúpulas de oro de la iglesia rusa
de María Magdalena, que parece puesta de pie
sobre un andamio de aire
De tanto en poco y de nuevo en autobús
bajo del monte a la ciudad en sol de viernes,
y atravieso barrios donde pájaros negros
contrapuntean la luz y hablan con Dios, y sólo eso

Y recuerdo a mi madre apoyada en su bastón,
caminar penosamente a través del cuadrángulo
de la nave de San Diego Churubusco,
y me regresan los rostros de los abuelos idos,
que oraban a las nubes en la hora de la labor
en la hacienda aguascalentense de San José de Guadalupe,
y reflexiono en el *impasse* de Oriente Medio,
indescifrable más que un escrito cuneiforme,
donde se cede un ápice para después no darlo,
y creo con razón que “la razón engendra monstruos”,

que razón y corazón y templo no se unen con la regla,
que la muerte amista a la muerte que no muere

Desciendo en King George, cruzo la calle,
enfilo hacia Ben Hillel y miro cómo se multiplican
decenas de gatos esqueléticos, que pasan y sobrepasan,
en la tabla aritmética, el número de mendigos
En meses del invierno –me dicen– llovió mucho
y a las aguas del mar de Galilea y a lo largo del Jordán
bajaron las voces de agua de Juan y de Jesús

Me paro y miro hacia abajo en Ben Yehuda
Ayer, o antaño, o hace poco,
la calle parecía abejera,
pero hoy apenas son visibles
puñados de gente
aquí y allá

Llego a Yaffo
Jóvenes soldados, mujeres y hombres,
con el rifle apuntando hacia la cara,
con el rifle apuntándose a la cara,
defienden su niñez y la niñez de otros

*Rogad por la paz de Jerusalén
para que prosperen los que la aman
Rogad a Dios que roguemos por él
para que no viva en tristeza y desventura*

Y la dicha dónde estaba, dónde estaba
el dinero que ciega y abre puertas, la fama
que ciega y abre puertas, el Amor raído
con su vestido a ciegas

Por la calle de Yaffo, las jóvenes israelíes,
tan respirables, tan mediterráneamente frescas,
con el vientre desnudo y los senos frondosos,
dan miel dulcísima a la boca
y vino que gotea sobre la boca

*Hermosas son las hijas de Jerusalén,
pero más codiciables, higueras que dan el higo,
palomas en parvada hacia el hueco de las peñas*

Frente al Correo Central, de pie con los ingleses,
busco responderme ahora, en la primavera
del año tercero del milenio, con el fardo
de los cincuenta y cuatro años,
después de atravesar un túnel de larga oscuridad,
por qué seguí una navegación, la cual, desde el principio
yo sabía que la echaría a perder
sin regresar jamás a Ítaca

*Oh Jerusalén, color de arena y miel,
ciudad de Dios convertida en un infierno,
donde los hijos caen a filo de cuchillo*

*y los niños lloran al padre que aún ayer,
después del almuerzo o de la cena,
dejaba en la sala de la casa
el vaso de vino y el humo del cigarro*

Llego a la Ciudad Vieja, el centro del cielo vertical
de naciones y tierras, donde el fuego cruzado
de cristianos y árabes, de judíos y de turcos,
perfora la hoja blanca en el pico de la paloma
Por cada terrón, por cada esquirra de calcedonia o vidrio,
de piedra basáltica o caliza, por cada astilla de la madera,
estéril, absurdamente se han sacrificado millares de millones
sin que la vida del asno o del camello se modifique un palmo

Ay Jerusalén, Ciudad de la Verdad, de tu casa
los pájaros se llevan en el pico la hoja del olivo,
se llevan en las alas el higo ya desecho,
regresan y se elevan llevándose el Hijo ya desecho,
y resuenan con dulzura en los muros de la iglesia
los discos de los címbalos y la letra de las Bienaventuranzas

Llego a la Puerta Nueva y de la calle de El Jadid
desciendo por Frères y por St. Francis
y los gritos de los árabes a grito herido
solicitan y claman que regresen
los años del alfanje y del bolsillo próspero

*Rogad por la paz de Jerusalén, ciudad de paz,
aunque el hermano recoja en la acera
el cuerpo agujereado del hermano*

Desde los once años dejé de confesarme,
dejé de comulgar, me alejé de la práctica y del rito
Para el niño el sacerdote era como un dios terrible
y rencoroso, que lenta y cruelmente lo hundiría
en las aguas agitadas y el fuego de la Gehena

¿Por qué el catolicismo se basa en el dolor?
¿Por qué Cristo permanece en la cruz
y no lo vemos de pie en la Galilea, cortando
la anémona y la rosa, volviéndose agua
en el agua de los lagos, o en la cumbre
de los montes transfigurándose en luz,
sin más mensaje que el claro renuevo del almendro
y la pulpa del níspero en la boca
en la clara mañana que dará el mañana?

*Esta es Jerusalén, a quien Dios puso en medio
de las naciones y a la tierra alrededor de ella*

Mezquita, iglesia o sinagoga,
Dios se multiplica por Uno hasta ser muchos,
y regresa, con el pan y los peces, con el vino
y los vasos, para terminar desangrándose por

callejuelas y plazas de la Ciudad Vieja
¿Pero qué puede hacer un hombre con el corazón roto?
Un hombre que buscó la orientación sin atlas y sin
brújula,
y no quiso saber que a siete kilómetros
permanecía íntegra y abierta la Navidad en la tierra
Todo bajo el sol tiene su tiempo, dijo el Predicador,
pero yo vine en el tiempo equivocado
Un día, en fin, a la verdad, sin darte cuenta,
Dios o los dioses te abandonan, sin darte cuenta
crees que el mundo es ancho y grande y múltiple
y se hizo para ti, y vas a la deriva y no lo sabes
Esa vida, esa gran vida no la hiciste,
diste veinte mil vueltas por veinte mil círculos,
pensando que la hacías, creyendo que la hacías,
cuando ya la velocidad del caballo era un pie roto
y la fuerza del león el llanto del ternero

Dando traspiés, dejando atrás comercios de baratijas,
sangrando de la espalda y de la frente, ensordecido
por el griterío, enceguecido por el sol de abril,
llego, fuera de la ciudad, a la cima del monte,
miro las lágrimas de la madre sin consolación,
miro al verdugo clavándose las manos, y pienso que
a lo mejor alguna vez, alguna vez, cuando el justo
lo sea de corazón y el sufrido de espíritu
no escuche la canción del necio,

cuando el nombre del malvado sea raído y sucumban
el héroe y el mártir fraudulentos, cuando no sea un lloro
el tiempo de la tribulación y el tiempo del infortunio,
el verano se hará una golondrina, el sol verá su luz
en el fruto del naranjo y el vino viejo
se beberá por fin en odre nuevo

*Y en ninguna calle de Jerusalén podrá caminarsé
porque muchachas y muchachos jugarán en ellas*

PARC-LAFONTAINE

Enfance ô riveraine de toutes maisons.
GATIEN LAPOINTE, "D'une rive à l'autre"

Es agosto y caen las primeras hojas
Palomas cabecean en veredas y prados
y conversan en la tierra de los kilométricos vuelos
que Dios y el viento dieron para evitar el frío

Oh infancia, donde las casas
daban a todas las casas
En San Pedro de los Pinos nos conocíamos todos
Hicimos un mundo de dos parques y veinte calles
Hicimos de la calle un mundo aparte
La casa era demasiado pequeña
para tenernos dentro
y la ciudad demasiado grande
para que huyéramos de ella
¿Qué ventanas quedarán de esas casas
para volver a hablar de ventana a ventana?

Son las tres y cinco de la tarde
Qué alegría del cuerpo al tomar el sol sobre
la hierba hasta que el sol te vuelve hierba
¿En cuántas ciudades de Europa y Norteamérica
no dormí sobre la hierba o la banca de un parque?
¿Cuántas veces no he venido a este parque
a tomar el sol? Mi madre amaba el sol, y aun
antes de morir, su deleite era asolearse en el patio o
en la acera de la calle frente a la casa
En eso coincidíamos, en el amor al sol,
pero la manera de ver la vida era la contradictoria vista
del pájaro negro y el pájaro blanco
Fuimos como dos extraños que acaban,
contra ellos, tolerándose mutuamente,
como dos personas que a diario
se cruzan en un parque, por ejemplo éste,
y apenas se saludan, hablan un instante y se alejan

El país es algo vivo, la patria hiede a discurso de político,
a sangre en el campo de batalla y a efemérides de sangre
Y yo he sentido el país, lo he amado más
fuera de él, que viviéndolo dentro
Pero por más que se mire, lo que llamamos México

es un país muy triste, donde la gente, al menos antes,
si yo mal no recuerdo, se la pasaba bien
Pero también en aquellos años,
en esos años de no me olvido, México era
un país muy triste, y para qué seguir
La infancia libre, las gentes que yo quise,
ríos y lagos, praderas y ciudades, me dicen el país,
un país que si lo pienso, si lo lloro en lunes,
si pajarean los arces, si mañana o no,
me parece un país que se va haciendo pedazos

Las nubes en el cielo ya han cubierto el sol

A CONTRACORRIENTE

Viví a contracorriente, perseguido por una adolescencia incierta, una juventud de espiga mal dorada y una madurez que aprendió del sol. Supe que la palabra muerte era emblema de la muerte y anhelé cambiarla por las palabras sol y cuerpo, muchacha y viaje, libertad y sueño, utopía y libro. Amé con el tiempo más al mundo y menos a la gente y preferí la soledad creativa a la comunión vana, aunque a menudo la soledad sabe a fruta seca, a tierra seca, es flor sin tallo. De cualquier forma hubiera querido escribir una poesía a la medida del sol y los alimentos terrestres, o al menos, con menos sombras de las que fui dejando. Y no obstante ¿me oyes?: vi el Cristo azul bajar las montañas en tardes oscuras en ciudades de América y de Europa –Cristo, el gran artista, resplandeciente y desgarrado en un mundo mal hecho, o al menos, que fuimos mal haciendo o mal hicimos. Creí de joven que podía cambiar el mundo y anhelé un mundo más libre y menos cruel. Lo tengo esto para mí; lo reivindico para mí.

Escúchame.

INSCRIPCIÓN EN EL ATAÚD

“Yo nací en febrero a la mitad del siglo y uno menos, y Dios me dibujó la cruz para vivírsela y las hadas me donaron cándidamente *el sol negro de la melancolía*. No fui un Proporcio, un Góngora, un Vallejo ¿y para qué escribir si uno no es un grande? Me conmoví hasta las lágrimas con historias de amor y de amistad y supe del amor y la amistad lo suficiente para dudar de ellos. No busqué la felicidad porque no creí merecerla ni me importó su triste importancia.

Escucha esto: la vida es y significa todo aun para los que no saben vivirla. Huye, busca el cielo profundo y el mar meridional, las muchachas delgadas y espléndidas, el camino del sueño y lo imposible, y vive esta vida como si fuera la única porque es la única. Y que la tierra me sea para siempre leve.

MARCO ANTONIO CAMPOS

(México, D.F., 1949) poeta, narrador, ensayista. Traductor de grandes poetas europeos. Ha publicado los libros de poesía: *Muertos y disfraces* (1974), *Una seña en la sepultura* (1978), *Monólogos* (1985), *La ceniza en la frente* (1979), *Los adioses del forastero* (1996) y *Viernes en Jerusalén* (2005) y *Dime dónde, en qué país* (2010). Autor de *Árboles*, un libro de aforismos. Su poesía ha sido traducida al inglés, francés, alemán, italiano y neerlandés. Obtuvo los premios mexicanos Xavier Villaurrutia (1992), Nezahualcóyotl (2005) y el Iberoamericano Ramón López Velarde (2010). En España el Premio Casa de América (2005) por su libro *Viernes en Jerusalén*, el Premio del Tren Antonio Machado (2008) por su poema “Aquellas cartas” y el Premio Ciudad de Melilla (2009) por el libro *Dime dónde, en qué país*.

CONTENIDO

Se escribe [7], Los poetas modernos [8],
Álbum infantil [9], Avenida de los Pinos 8 [10],
Adiós a la infancia [11], Los padres [12],
Arles 1996-Mixcoac 1966 [14], Aquellas cartas [16],
Los elegidos [17], De iconoclastas [18],
Birkensiedlung [19], Café Korb [20],
Invierno en Viena [22], La muchacha y el Danubio [24],
Cefalonia [25], Julio 11, 1989 [27],
La vida es hermosa [28], Veranos griegos [29],
Simple, elemental... [30], ¿Dije esto? [31],
A orillas del lago de Galilea [32], En el barrio
de Ein Karem [34], Entre dos plazas [35],
En el parque forestal [37], Camino a otavalo [38],
De lo poco de vida [40], Domingo en Bogotá [42],
El país (1) [43], El país (2) [45],
Ciudad de México [46], Telar de San Cristóbal [47],
José A. Silva (1865-1896) [49], Noviembre en Madrid [51],
Por la calle de los anticuarios [53], Los rebeldes [56],
¿Quién leerá mis versos? [57], Pero en serio
¿valió la pena? [58], Viernes en Jerusalén [60],
Parc-Lafontaine [67], A contracorriente [70],
Inscripción en el ataúd [71]

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López

46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apüshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de náufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en abril de 2013

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem